

JUAN CARLOS CHIRINOS



# GEMELAS



CASA DE CARTÓN



# GEMELAS



Juan Carlos Chirinos

**GEMELAS**



CASA DE CARTÓN

© Juan Carlos Chirinos, 2013  
© Imagen de la cubierta: Pilar Barbeta, 2013  
© Editorial Casa de Cartón S. L., 2013

Editorial Casa de Cartón  
editorial@casadcarton.es  
www.casadcarton.es

Todos los derechos reservados.

Primera edición: Mayo 2013

ISBN: 978-84-940XXX-X-X  
Depósito Legal:

Printed in Spain  
Print House

Lo que se busca demasiado  
deliberadamente no se consigue.

MAURICE MERLEAU-PONTY





# UNO

## ¿Qué harán los búhos reales cuando se acaben los conejos?

### 1

Para Elena todo era perfecto esa mañana: el cielo azul de Madrid, el día claro, las encinas juntas, los gorriones curiosos y hambrientos; el sendero, despejado para correr, y algunos abuelos tomando el sol a lo lejos. Se había comprado un nuevo artilugio para escuchar música, de cáscara violeta y fidelísimos auriculares, así que la melosa voz de Agnetha Fältskog dándole gracias a la música por existir, acompañada de sus colegas de ABBA, le daba al paisaje norteño de la ciudad un relieve especial. A Elena, ese era el único tipo de música que la empujaba a correr, el que más se parecía a su estado de ánimo de los sábados, ese que siente la fuerza femenina fluyendo por las piernas, rebotando en el sistema de suspensión de sus zapatos deportivos con el mismo ritmo de la música sueca. La euforia que le generaban las canciones de ABBA era indispensable para el ejercicio; sin esas melodías, la ruta de los sábados carecía de sentido y, de no haber existido, ella sería un rollizo bulldog que jadearía por el patio de su casa a punto de un infarto.

Quizá a causa de esa anhelada felicidad semanal no reparó en los cambios que empezaron a ocurrir a su alrededor.

El cielo no parecía que fuera a anunciar nubosidad de ninguna clase, y la brisa refrescaba por entre los árboles; no, eso no era lo que había cambiado. Sin embargo, los pájaros instalaron un silencio cerrado y el vibrante tono de la luz se modificó. Elena no se enteró de nada de esto, concentrada como

estaba en sus pasos y en la melodía que le inundaba los oídos. Una sombra opaca y roja se deslizaba por el suelo hacia ella, que había descubierto que el principal problema hoy era la camiseta demasiado suelta que permitía que sus tetas se agitaran hasta irritarle el borde de las axilas. Entendió entonces por qué los abuelos la saludaban tan cordiales cada vez que pasaba frente a ellos. Cuando levantó la vista dejando que sus pechos se agitaran a su antojo —ya había pensado la solución para el siguiente día de ejercicios—, vio que el cielo oscurecía: la sombra colorada que se acercaba por el suelo era producida por una enorme bandada de ibis rojos que se desplazaban en cerrada formación, en silencio, serios, como mensajeros de tragedia isabelina. Sin estar cerca la noche, por un instante el vuelo majestuoso de las aves tiñó de desolación el mundo y Elena detuvo su carrera sorprendida antes de entender lo que sus ojos presenciaban. ¿Cómo es posible?, murmuró jadeante, aunque su natural buen humor le dio varias respuestas y una sola reacción: pero qué bonitos se veían esos pájaros volando contra el cielo azul de la ciudad. El sudor brillantó su frente y como una decisión tomada desde hace tiempo Elena cambió de ruta y siguió la estela escarlata que dejaban los pájaros a su paso, como si esta llevara hacia Oz. Supuso que algo bueno debía de significar que estos bichos anduvieran por aquí a esta hora, y pocos metros más allá comprobó con satisfacción que no se equivocaba: allí donde el parque era más frondoso, donde el camino era casi imposible de adivinar, se topó con otra señal de que ese día sería diferente. Varias decenas de metros delante de ella, dos gacelas de Thomson pastaban, moviendo sus colitas con el nerviosismo característico del animal preparado siempre para escapar. Elena se detuvo en seco, enternecida y con alarma; no quería espantarlas para observarlas mejor. En su cabeza, la pregunta, ¿y estas bestias qué hacen aquí?, se había desvanecido porque la belleza no admite objeciones. Temió porque su respiración alertara a los animales y trató de contenerse. Apagó la música y un inoportuno clic retumbó en el aire. Una de las gacelas levantó la cabeza y fijó sus ojos negros sobre ella, sin dejar de masticar. Que no se asuste, que no se asuste. Ahora que ABBA había desaparecido del ambiente, Elena percibió el ciego silencio que la rodeaba. Ni siquiera las voces de los abuelos, ni los camiones que pasaban retumbando por la

autopista quebraban el mutismo que parecía entristecer a la naturaleza. El mundo no es el mismo sin música, pensó la muchacha. Pasaron unos instantes que Elena juzgó eternos, pero en realidad fueron insignificantes fracciones de segundo.

No fue la gacela que la miraba la primera que se percató del peligro. Un ligero temblor en el lomo de la otra, producto del espasmo en las musculosas piernas, alertó a su compañera y en menos de un segundo las dos corrieron dando vigorosos saltos, alejándose a una velocidad inaudita de Elena quien, con menos sentidos adaptados para la desconfianza, tardó más en darse cuenta de lo que estaba a punto de sucederle:

Cuando ya todo sería inevitable.

De un arbusto en el que había estado muy bien escondido saltó un león rugiendo y, con la seriedad del funcionario que cumple con su deber, se abalanzó sobre la única presa que no se le había escapado dando brincos. El estilizado cuello de Elena no ofreció ninguna resistencia a los colmillos del monstruo, que sin embargo no pretendía decapitarla como lo hizo, sino ahogarla. La sangre brotó del cuerpo sin cabeza y bañó la cara del animal que recogió las garras al ver que no serían necesarias para inmovilizar su comida. La cabeza de la chica rodó por el sendero, con los fidelísimos auriculares aún ajustados a las orejas, y el novísimo reproductor rodó tras ella. Con el golpe, el mecanismo se activó y Agnetha Fältskog volvió a cantar: *«Thank you for the music, the songs I'm singing, thanks for all the joy they're bringing...»*

Mientras se alimentaba de las vísceras de la muchacha, el león retiró con la lengua el móvil que guardaba ella en uno de los bolsillos y lo husmeó: un clic lo asustó un instante pero como nada ocurrió perdió interés por el aparato y siguió arrancando trozos de músculo que tanta falta le hacían después de varias semanas sin alimentarse. En el móvil, el rostro ensangrentado del león quedó fijado, y por encima de él pasaron los ibis rojos, anunciando que pronto tendrían que posarse en la ribera del río para calmar la sed que empezaba a caldear los ánimos de la bandada. El verano de Madrid se anunciaba largo y seco, caliente y voluminoso.

## 2

Un funcionario colocó sobre la mesa de roble una elegante copa de cristal y dejó que el agua mineral llenara los intersticios biselados del recipiente. Ajustó el volumen de los micrófonos que no parecían responder a las vibraciones de la voz. Con tanto silencio solo escuchaba el ronroneo del aire acondicionado. Se acercó a las cámaras al fondo del salón y verificó que estuvieran correctamente conectadas, que sus cables no interfirieran el libre paso de las personas y que no se enredaran entre sí. Sin hacer caso de la presencia de algunos invitados demasiado puntuales, contó las filas de sillas y las multiplicó mentalmente para asegurarse de que hubieran dispuesto la suficiente cantidad de asientos. De lejos contempló el escenario y comprobó tranquilizado que las banderas, los estandartes y las enseñas estaban en su sitio y no girados o invertidos.

Miró la hora: seguro que todavía disponía de unos minutos.

La sospechosa calma hacía que su trabajo pareciera inútil; daba la impresión de que una gran catástrofe se avecinaba y por lo tanto no eran tiempos para los primorosos vasos de cristal ni para que los micrófonos funcionaran de manera nítida. El funcionario no hizo caso a las premoniciones que traen los objetos inanimados y terminó su trabajo sin ningún contratiempo. Se aseguró de que las dos grandes ventanas de la pared lateral estuvieran bien cerradas y sus cristales transparentes («¡que queden como si no existieran!»), le gritó desde lejos el que parecía ser su jefe). Cuando hubo concluido su labor de revisión, un suspiro satisfecho fue el gesto final antes de retirarse y dejar paso a los que debían estropear lo que con tanto cuidado él y sus compañeros habían compuesto.

Al fondo se abrió una puerta y entraron treinta o cuarenta periodistas, excitados, como si estuvieran a punto de regalarles golosinas. Susana se ubicó en el mejor asiento: ni muy cerca ni muy lejos de la tribuna. Todos cuchicheaban entre sí y se saludaban con el desgano del que se ve a diario, y no faltaron los que permanecieron de pie comentando con alegría sucesos pasados o noticias por venir. Colgaban de sus cuellos sendas acreditaciones de plástico que los identificaban como reporteros autorizados. El mismo tipo de identificación, aunque de otro

color, llevaban los camarógrafos que entraron los últimos y se ubicaron detrás de sus respectivos aparatos, algunos encendidos desde hacía rato y otros suspendidos para que las baterías no se agotaran. A diferencia de los reporteros, los camarógrafos no se hablaban ni se saludaban, hartos de tanto alboroto.

Estaban allí porque en pocos minutos el Alcalde de Madrid ofrecería una rueda de prensa, a la que habían sido convocados de urgencia a primera hora de la mañana. En otras circunstancias (pero no en estas) muchos medios habrían esperado que la agencia oficial o algún compañero les pasara la información. De hecho, las noticias corrían con tanta prisa que ya no era necesario asistir a las ruedas de prensa para enterarse de lo ocurrido; los ciberperiodistas, para algunos unos intrusos, se habían especializado en difundirlas en tiempo real desde sus teléfonos y sus computadoras. Para muchos sería el viernes más movido antes del verano, porque lo que el Alcalde venía a decir ya recorría los comentarios en Internet, programas de radio y televisiones: cientos de animales salvajes deambulaban por las calles de Madrid sin amo ni collar, ni fin público alguno. Y habían tenido lugar un par de incidentes que la policía no había sido capaz de ocultar.

La hipótesis más socorrida y la que se manejaba officiosamente hasta ese momento era que habían sido abandonados por propietarios irresponsables, quizá como una forma de protesta; y, sin consideración hacia la ciudad y sus vecinos, los habían abandonado de noche en la calle. No se sabe cuándo ni cómo había comenzado; tal vez una acción irracional generó otra y otra y así en cadena hasta que muchos ciudadanos hartos de sus mascotas y sus ejemplares exóticos, o deseosos de partir a las vacaciones del verano, dejaron en libertad a los bichos.

Lo grave del asunto era que no se trataba solamente de unos cuantos perros y gatos de compañía, o de canarios cantarines. Se tenía noticia del avistamiento, aparte de jaurías de perros y pandillas de gatos vagabundos y escurridizos, de bandadas ruidosas de loros, guacamayos de colores, nutrias, tejonas, serpientes, caballos de paso pastando en los parques y hasta un burro que corría solitario por la M-30. El problema había colapsado el Servicio de Atención al Ciudadano del Ayuntamiento y los servicios de limpieza empezaban a reportar un aumento significativo de excrementos en las calles, lo

cual podía generar toda clase de enfermedades y epidemias si no se paraba a tiempo. Durante los días anteriores, varios de los medios de comunicación que esa mañana de viernes esperaban al Alcalde, habían engordado la noticia adornándola con teorías alternativas —una conspiración islamista, otro astuto golpe para agudizar la crisis, una acción de ecologistas radicales, una novedosa estrategia publicitaria— y con atractivas fotos de animales exóticos conviviendo con la arquitectura madrileña, lo cual causaba en los ciudadanos al mismo tiempo alborozo e indignación porque para nadie era un secreto que las temperaturas del verano que se avecinaba —y que auguraban caluroso como pocos— harían menos habitable la ciudad con esos nuevos inquilinos merodeando.

Todavía unos cuantos periodistas conversaban descuidadamente, y algún camarógrafo había ido al baño, cuando por una pequeña puerta entró el Alcalde, muy circunspecto, acompañado por sus asesores, entre ellos el comisario jefe de la policía, todos muy serios, pero sonriendo con educación si algún periodista, desde su sitio, inclinaba la cabeza y les dedicaba un saludo. Tras ellos, entró una chica joven cuya extrema corrección en el vestir hablaba de un meditado cálculo: tan joven, quería dar la impresión de que manejaba mucha información y, por lo tanto, poder. Era la directora de comunicación.

—Buenos días y bienvenidos, amigos —comenzó la chica ensayando una sonrisa que no era espontánea pero que funcionaba como excusa introductoria—. Espero que hayáis recibido el pequeño *dossier* que os hemos enviado, aunque con poquísimos tiempo, para el encuentro de hoy. Se desarrollará como de costumbre, a pesar de que es una rueda de prensa extraordinaria. El señor Alcalde expondrá el tema de hoy y a continuación os iremos dando la palabra para la ronda de preguntas. Por la apretada agenda del Alcalde, por favor ceñiros al tema; las preguntas sobre otros aspectos del gobierno municipal dejadlas para los encuentros regulares, que tienen lugar los lunes, como todos sabéis.

Los periodistas se arrellanaron en sus asientos, preparados para escuchar al Alcalde, pero Susana mantuvo la mirada en alto, como un perro de la pradera. El camarógrafo rezagado en

el baño entró subiéndose la cremallera y encendiendo con rapidez la cámara con una pegatina que decía *Prensa Latina* y que, para su suerte, estaba al lado de la entrada. La puerta se abrió de nuevo justo cuando el Alcalde comenzaba su exposición:

—Buenos días —saludó con la misma fingida cordialidad en la sonrisa que se le había visto a su directora de comunicación. Quizá tuvieran el mismo carácter, o tal vez así les había enseñado a sonreír el asesor de imagen del Ayuntamiento—. Os hemos convocado esta mañana por un tema del que ya tenéis noticia, aunque no del todo cierta.

El Alcalde levantó la cabeza y fijó su mirada en Susana. Y quizá porque llevaba la identificación colgada en una de las mangas de su blusa, quizá por lo estrecho de la tela, quizá porque no parpadeaba cuando alguien le dirigía la atención, le pareció que se detenía más de lo normal y que luego continuaba más contento:

—Madrid está sufriendo una invasión de animales abandonados a su suerte, creemos que por ciudadanos que no entienden el impacto medioambiental que significa introducir especies nuevas o sobrepoblar un ecosistema con animales poco acostumbrados a vivir a la intemperie. Los cuerpos de seguridad ya están investigando a los presuntos infractores para exigirles las debidas indemnizaciones y aplicarles todo el peso de la ley. De hecho, ya hemos realizado los primeros rescates —el Alcalde se dirigió al comisario jefe—: Comisario, muéstranos a los supervivientes.

El policía hizo una señal y entraron dos agentes que conducían a tres galgos de pelo negro y brillante, cuellos estilizados, ojos entrañables y grandes, hocicos puntiagudos y orejas delgadas que colgaban a cada lado de sus cuerpos flacos; sus esqueletos eran compactos y robustos, las cabezas alargadas y estrechas; cada uno poseía un amplio tórax, vientres retraídos y las colas tan largas como las patas. Eran tres majestuosos galgos españoles, tímidos como novicias recién escapadas de un convento.

La presencia de los animales causó un exitoso efecto y todos se revolvían inquietos, con ganas de hacer preguntas y elaborar hipótesis. Pero el Alcalde acarició a los perros y los despidió para seguir hablando; y hasta que él no acabara, nadie podría hincarle el diente a la noticia:

—Los servicios de limpieza del Ayuntamiento están trabajando jornadas de veinticuatro horas para que la ciudad no sucumba ante los excrementos que, como es natural, van dejando a su paso sobre todo los grandes unguados. También está listo el Plan de Censo y Recogida de los Animales Vagabundos de Madrid, para lo cual contaremos con la ayuda del comisario jefe de la policía, conjuntamente con los bomberos, Protección Civil y los voluntarios que, como siempre, se han ofrecido a trabajar las horas que hagan falta hasta que no quede un solo animal abandonado. Antes de las vacaciones de verano, todas las mascotas de Madrid tendrán casa y comida, ese es nuestro compromiso.

Hubo un corto silencio en el que nadie entendió que había acabado de hablar, así que él mismo agregó, utilizando la sonrisa ensayada de antes:

—Muchas gracias a todos.

Dos periodistas supusieron que debían aplaudir, pero un silencio condenatorio apagó el volumen de los aplausos. La jefa de prensa se levantó de su asiento y asumió la moderación.

—Ahora podéis hacer vuestras preguntas. Por favor, identificáros antes. Y recordad, os rogamos que tratéis de hacer una pregunta por intervención —la jefa de prensa señaló automáticamente al más veterano de los periodistas para que formulara la primera pregunta.

—J. C. Méndez, de *El Mundo*. Señor Alcalde, ¿cuánto tiempo llevará la recogida de esos animales?

—Unas dos semanas, pero está previsto que antes del verano todo vuelva a la normalidad —respondió el Alcalde.

—¿Y ya saben cuántos animales han sido liberados? —preguntó una periodista joven que olvidó presentarse.

—Bueno, no han sido liberados, ya les he dicho que estos animales han sido abandonados a su suerte...

—¿Pero cuántos son?

—Es difícil contestar a esa pregunta, porque apenas comenzamos el censo. Tenga en cuenta que no han pasado ni tres días desde que ocurrió la primera denuncia. Calculamos que no serán más de unos pocos cientos. Hay mucho gato suelto en Madrid —comentó sonriente y alguno supo reírle la gracia.

El Alcalde continuó contestando con la afabilidad del artista al que requiere su público. Los camarógrafos no tenían



mucho que hacer, así que casi todos salieron del recinto a fumarse un cigarrillo mientras sus cámaras grababan las preguntas y respuestas. Unos pocos se quedaron haciendo guardia, y fueron los que la escucharon intervenir en voz alta:

—Señor Alcalde, soy Susana Pereira, de *Investigación Científica de Animales*. Según algunas fuentes, en realidad podría tratarse de algo más que una simple irresponsabilidad ciudadana, algo relacionado con el tráfico de animales, ¿qué tiene que decir a eso?

—No sé de dónde saca esa teoría, señorita Pereira. Hasta ahora, el Ayuntamiento no ha encontrado indicios para manejar hipótesis como esas —se defendió el Alcalde mirando a la jefa de prensa sin la sonrisa que les había enseñado el asesor de imagen.

—Pues investiguen como he hecho yo.

Levantó una carpeta y la blandió. Estaba asustada, sabiendo que no volverían a dejarla hablar:

—Tengo fotografías tomadas en los tres últimos días que prueban que no se trata solamente de simples mascotas o animales de compañía de particular rareza —y se dirigió a los otros periodistas—. Como podéis ver, aquí hay imágenes de ñúes, okapis, koalas, perezosos, colibríes, canguros, dantas, entre los animales más inofensivos —entregó las fotos a la jefa de prensa que, azorada, se apresuró a recogerlas y a entregárselas al Alcalde—. Pero también hay otras de jirafas, hienas, cebras y hasta un elefante que ha sido visto en El Pardo —fue sacando las fotos a medida que nombraba a los animales y se las entregaba a la jefa de prensa que servía de intermediaria entre el Alcalde y ella. Las fotos cruzaban el recinto perseguidas por las miradas ávidas de los demás periodistas y el clic de las cámaras—. Y eso no es lo peor. La chica descuartizada el sábado pasado en la Alameda de Osuna: ¿Ya sabe la policía qué fue lo que ocurrió? —dijo Susana levantando más la voz y mostrando la fotografía ampliada del león con la cara ensangrentada, mirando inocente el lente del móvil, lo que causó gran conmoción en el recinto—. Esta foto fue la última que tomó el móvil de la víctima, como pueden ver, se distingue perfectamente a un león. ¿Se la comió este león, acaso? —el Alcalde miró con espanto la foto del león ensangrentado y se la pasó furioso al Comisario. Susana continuó, casi sin aire—. Yo creo que no se

trata de un grupo de propietarios inconformes con sus mascotas, Alcalde, aquí hay algo más y los madrileños tienen derecho a saber. La importación de estas especies está prohibida por varios convenios internacionales como, supongo, usted debe de saber —el comisario la fulminaba con los ojos y temió que estuvieran a punto de detenerla. Sin embargo, se repuso del miedo y continuó—: ¿Ya el Ayuntamiento descartó la hipótesis del cambio climático? ¿Es consciente de la magnitud de este asunto? ¿Por qué va a estar Madrid eximida de las migraciones de los animales del trópico, si hemos sido nosotros quienes hemos destruido sus hábitats naturales? ¿Sabe usted, señor Alcalde, lo que harán los búhos reales cuando se acaben los conejos en la Península? ¿De qué se alimentará la hormiga cuando ya no haya árboles en España? —y agregó con un tono de misterio que no permitió saber si estaba bromeando o hablaba en serio—: Quizá el Apocalipsis esté llegando de a poco, sin que nadie se dé cuenta y esté naciendo un nuevo mundo —algunos periodistas rieron; pero Susana recuperó el tono de denuncia, aunque en el aire flotó «Apocalipsis» como una perversa premonición—. Quiero decir, amigos, que no es lógico que el Ayuntamiento atribuya esto de los animales a una sola causa y descarte todas las demás hipótesis. ¿Se ha parado a pensar en esto siquiera una vez, señor Alcalde?

Los periodistas estaban en suspenso, tal vez esperaran que un trueno retumbara como si viniera del sótano del cielo. El Alcalde, enfurecido, se revolvió a mirar a sus asesores, como preguntándoles «¿qué cojones está pasando aquí y por qué esta niñata me está pillando los dedos con estas fotos sin que yo me lo esperara?». Los asesores, incluidos el Comisario y la atareada jefa de prensa, trataban de mirar para otra parte, pero la iracunda vibración del labio inferior del Alcalde los alcanzaba allí donde quisieran esconderse.

—¿Qué significa esto, señorita? ¿Cómo se atreve a interrogarme así? ¿Y usted quién es? ¿De dónde ha sacado esa información? ¿Esto es una broma? —vociferó el Alcalde tumbando algunos micrófonos, derramando el agua y destruyendo la decoración que a los funcionarios tanto les había costado dejar a punto.

—¿Acaso me estoy riendo, Alcalde? —contestó con particular fiereza y, como para acentuar la pregunta, una bandada de

escandalosos guacamayos azules cruzó por delante de los grandes, límpidos y transparentes ventanales, y por un instante el silencio fue la respuesta y la imagen más certera para la denuncia. Se oyeron varios *flashes* y Susana agregó con soberbia y burla—: Esos *Anodorhynchus hyacinthinus*, es decir, esos guacamayos azules que vuelan desde hace varios días por la calle Alcalá son la mejor pregunta, señor Alcalde. A usted le toca buscar las respuestas.

A partir de allí todo fue un caos. El Alcalde se fue sin despedirse y una turba de periodistas y fotógrafos aturdieron a la jefa de prensa que se puso a llorar. Los policías la sacaron escoltada de la sala y detrás de ella se fueron todos, pidiendo respuestas, exigiendo explicaciones. Susana se quedó sentada, sola, sin ganas de seguir preguntando. El camarógrafo de *Prensa Latina* entró al salón y constató el desastre que había dejado la agitada sesión. Para su alegría, su cámara seguía grabando, así que tenía registrado lo que allí había ocurrido, incluso después de que todos se hubieron marchado. Apagó la cámara felicitándose por haber escogido las mejores baterías para salir a trabajar hoy. El episodio valía su peso en oro. Abrió el compartimiento y levantó la mirada hacia el ventanal.

—Qué cagada, caballero —dijo en voz alta—. No le puse cinta a la cámara.

A lo lejos pasó la bandada de guacamayos azules.

### 3

El sábado siguiente a la rueda de prensa apenas amanecía cuando Susana abrió los ojos, aunque había suficiente luz como para distinguir los matices que le permitieron recomponer las últimas doce horas.

Que transcurrieron así:

A las seis de la tarde, después de un día de exámenes y de carreras en *Investigación Científica de Animales*, la revista donde trabajaba, llegó al piso y se fue directa a la ducha abandonando las compras que —con la paciencia de lo inanimado— esperaron a que se les asignara un lugar en la cocina; dejó que el agua caliente relajara sus músculos y se aseguró de que no había pelos de más merodeando con imprudencia en las ingles y

las axilas, porque se sabe dónde se comienza pero no dónde se termina.

Susana era alta, pero no grande; sus ojos verdes resaltaban mucho cuando su piel de cobre, mestiza, brillaba por efecto del agua que se deslizaba suavemente. Y su cara redonda era al mismo tiempo útil para la dulzura como para la cólera.

A las ocho y media, por haberse quedado alelada pensando en tonterías mientras se untaba ceremoniosamente cremas en la cara, en las manos y en el cuerpo, solo dispuso de veinte minutos para maquillarse, planchar su vestido nuevo, limpiar los zapatos, aplicarse el perfume y preparar, diligente, la comida de Siro, que protestaba por la huelga de hambre a la que era sometido sin su consentimiento, «¡uno sin alimentarse desde esta mañana, como si una ración bastara para todo el día!», despotricaba el gato en su lengua.

Solo le tomó un instante asegurarse de que llevaba el teléfono, las llaves y todos los demás adminículos útiles en emergencias varias. Tras un suspiro preparatorio, abrió la puerta y salió veloz (ya eran las nueve y llegaría tarde) a enfrentarse con las siguientes doce horas que concluyeron allí cuando ella abrió los ojos y, aún sin amanecer el sábado pero con luz suficiente, descubrió que los matices le permitirían elaborar un primer escenario, no del todo desagradable, no, pero que no serviría para tomar decisión alguna, ni buena ni mala, para el día que comenzaba. Se permitió sostener una sonrisa más de lo necesario porque de nuevo despertaba de madrugada, aunque casi se acababa de acostar, y los días anteriores habían sido verdaderamente extenuantes. Preocupantes, mejor dicho.

A su lado reposaba una espalda blanca.

Se concentró en los matices: la espalda frente a ella —un antiguo muro de las lamentaciones— estaba poblada por lunares en los que creyó detectar la regularidad que llevan impresa las sábanas estampadas y las cortinas del hogar. Trató de calcular el patrón que seguían esos lunares de la misma forma como clasificaba las figuritas de la cortina del baño, buscando una pauta, la clave que explicara por qué las cosas están colocadas así: patito, ratón, sonajero, caballo, patito, ratón, sonajero, caballo, patito, ratón, sonajero, caballo y se cortaba de pronto, pues el ruedo de la cortina truncaba la serie que se repetía de arriba hacia abajo y en diagonal, según fueran las intenciones del contador.

La espalda poblada de lunares ocultaba una clave y no se levantaría de allí hasta que diera con ella. Era una necesidad imperiosa; es la fatalidad del cocuyo que, aun a sabiendas de que arriesga su vida, se acerca a la luz de la llama que lo hipnotiza, lo seduce y lo amenaza.

Y como otra Copérnico que busca la explicación del mundo en el movimiento misterioso de las estrellas, asimismo se propuso observar cada punto negro en ese cielo de piel blanca, segura de que cualquiera de ellos le daría la respuesta de un momento a otro, sacándola de esa angustia que es no saber cómo se repite una serie:

Punto gordo, punto negro, punto largo, punto ligero, punto rojo, punto negrísimo, punto gordo, blanco, blanco, punto verde, punto largo, blanco, mancha, punto y picado; hueco, punto gordo, cicatriz, llaga seca, punto negro, trío enano, dúo gemelo, enana roja, gigante verde, supernova, bajorrelieve y quizá constelación de cáncer; vacío blanco y vía láctea de vellos amarillos casi albinos, singularidad y huesos sobresalientes.

Toda la evidencia indicaba que no había un patrón determinado, que el conteo no llevaría a ninguna conclusión aceptable.

Pero para ella esa no era una respuesta satisfactoria; detrás de ese abigarramiento de señales aparentemente caóticas se escondía un código, como ocurre con los libros muy viejos que han perdido parte de sus letras pero que desde luego conservan la esencia del texto original. Sabía que cuando un signo se superpone a otro signo y sobre este se imprime otro nuevo y otro más que antes ya ha sido borrado, y así varias veces, parece que el resultado es un galimatías sin ningún sentido y que sería inútil tratar de sacar algún mensaje porque allí solo hay locura y caos, cuando en realidad se trata de muchas frases superpuestas. ¿Cómo se le llamaba a eso?

En ese momento le vino a la cabeza una palabra escuchada hacía mucho tiempo: *Palimpsesto*. Pensó en palimpsesto, el vocablo que se usa para los textos borrados, escritos, reescritos y sobreescritos; una palabra demasiado complicada para lo que Susana hacía en ese momento, pero la única que se le ocurrió cuando se dio cuenta de que la espalda que tenía ante sí estaba llena de lunares y marcas y vellos y defectos, pero también mostraba señales de haber sido borrada y corregida varias veces,

produciendo el aparente desorden imposible de regularizar, como la cortina del baño (patito, ratón, sonajero) o las sábanas de flores que en ese momento cubrían sus extremidades. Pensó en los palimpsestos y entendió que hasta el firmamento puede considerarse uno de ellos porque la bóveda celeste no es fija e inmovible sino al contrario, a cada rato explota una estrella cansada que desea entregar su energía en forma de rayos.

Pensó en palimpsestos mientras acercaba su mano a la espalda dormida para intentar atrapar la fórmula de los lunares, para ubicarse en ese espacio que se le negaba; y como cada vez había más luz, más nítida se le hacía la certeza de que allí se ocultaba un lenguaje secreto.

Un mensaje importantísimo que la esperaba desde el principio de los tiempos. Y en ese momento intuyó que en los lunares de esa espalda también podría esconderse un oscuro presagio.

—El palimpsesto —murmuró.

Pero de inmediato su mano se retrajo porque la espalda decidió girarse, quizá buscando una postura menos incómoda o con el hombro adolorido por la presión del propio cuerpo.

Susana se quedó paralizada un instante conteniendo la respiración y comprobó apretando los dientes que la espalda seguía durmiendo. Ya no podría seguir contando los lunares, ahora ocultos a sus ojos, así que trató de obviar la ansiedad que se instalaba en su corazón. Era inútil en ese momento estimular el deseo de saber, pues todo intento estaría negado, como cuando tratamos de recordar una canción que está al borde de nuestros sentidos pero que permanecerá oculta hasta que desviemos la atención hacia otra banalidad.

—Como es mejor el verso aquel/ que no podemos recordar —cantó a Bola de Nieve en voz baja como conjuro portátil contra la sed de conocimiento.

Un trozo de hombro lo suficientemente alunerado —el que había estado soportando el peso de la espalda— le devolvió la esperanza de proseguir su investigación e inició el conteo de las marcas que, colocadas en fila india, se perdían hacia las protuberancias. El orden de los lunares debía seguir un algoritmo infinitamente complejo, porque por más que contó, calculó y trató de descifrar, también el hombro le negaba la fórmula del orden que sostenía.

Pegada a la pared había una pecera que contenía el universo oloroso de una colonia de hormigas. Susana se levantó y fue hasta ella; se agachó para observar la vida de los diminutos seres. Una obrera caminaba hacia la reina llevando en su espalda lo que parecía una ofrenda de comida. Con una súbita maldad, Susana metió la mano para evitar que la reina fuera alimentada por su súbdita, desviándola de su camino; quizá de esa manera habría algo de justicia en el mundo. Levantó la tapa que cubría la pecera y calculó por dónde introduciría los dedos en dirección de la hormiga servil y la reina ociosa.

A punto de alcanzar a la obrera, sintió un pinchazo que la hizo gritar:

—¡Coño!

Otra hormiga había detectado la mano intrusa y la atacó con el odio atávico que solo las hormigas poseen.

Entonces Cristina, la dueña de la espalda con lunares, despertó.

Mientras sus ojos azules se posaban sobre Susana —que se sobaba la picadura— parecía seguir dormida y sin conciencia. El efecto lo creaban las pronunciadas ojeras que rodeaban sus pupilas haciendo las veces de pozos infranqueables para el resto de la cara: ojos presos en su propio castillo. Las cuencas de Cristina eran grandes cavidades de társido. Levantó un poco la comisura derecha de los labios en un intento de comenzar algo semejante a una sonrisa.

Susana se sintió observada y olvidó el pinchazo: los lunares ya no eran el campo de estrellas sin clasificar de hacía unos minutos sino el complemento sensual de una espalda decidida.

—Si dejas salir a esas hormigas argentinas de la pecera no pasarán tres semanas antes de que se coman todo lo que encuentren, maten a todas las otras hormigas y dejen pelada la plaza de Gabriel Miró. Es mejor que la cierres como estaba porque nadie está a salvo cuando estas hormiguitas sudacas deciden conquistar el mundo que les rodea —explicó Cristina, aún con la voz dormida.

—Joputas inmigrantes —bromeó Susana y dejó la colonia tal como la había encontrado. Ya la obrera había alcanzado a su reina y la alimentaba con amor y devoción. Susana regresó a la cama de un salto y se arropó sintiendo un repentino escalofrío.

—Te gustan mis hombros —musitó Cristina.

—Me gustan los palimpsestos.

—¿Hace mucho que estás despierta? —trató de desviar Cristina, aún sin despertar del todo, pero Susana seguía pensando en su piel.

—Te estaba contando los lunares; ¿sabes que siguen un patrón determinado?

—¿Mis lunares?

—Los de tu espalda —concluyó Susana y le palmeó el hombro que ya no seguiría contando.

Cristina se relamió (quizá había babeado en la noche y no quería que se notaran los restos blancos de saliva seca) y colocó una mano debajo de su mejilla a modo de almohada.

—¿Y tú cómo dormiste? —preguntó Cristina como si estuviera bordando un lugar mullido.

—Ya ves, mijita, casi nada.

—¿Sigues asustada?

—Ya no —pero la voz de Susana no sonaba demasiado convincente—. La luz de la mañana disipa casi todos mis terrores.

—El follón de ayer ya estará en los periódicos —sonrió Cristina, pero Susana no, quizá porque la picadura de la hormiga aún hacía estragos.

—Jodida rueda de prensa, un poco más y le caigo a coñazos al Alcalde —se lamentó graciosamente la muchacha, sobándose todavía el brazo.

—¿Qué hora es? —preguntó Cristina para cambiar de conversación, y esta vez Susana mordió de inmediato el anzuelo:

—Todavía estamos a tiempo para desayunar como es debido —dijo mientras deshacía de la sábana a su amiga.

Cristina salió del lecho por el lado que le correspondía. «Cada una tiene su lado de la cama/ cada una tiene su lado en todo», tarareó Susana aún con la voz incompleta. Se asomó a la ventana, que daba a la plaza de Gabriel Miró, y comprobó que sí, que todavía en Madrid había pájaros enanos dispuestos a cantar al borde de una acera, y atribuyó el prodigio al pequeño parque que se extendía frente al edificio, con árboles sin embargo frondosos. Cruzó los brazos y observó con detenimiento a los temerarios músicos de la mañana. Una moto pasó y ellos ni se inmutaron, concentrados en su canción urbana.



—Qué colores más raros.

—¿Qué dices? —gritó Cristina desde el váter.

—¡Que no hay pájaros de esos colores por esta zona! —gritó ella también—, otros que deben de haberse escapado de alguna casa. Parecen gorriones; pero hay uno azul y verde y otro amarillo con el pecho violeta; y otro naranja eléctrico; y uno negro con una bufanda de seda blanca en el cuello. Y no le tienen miedo a la gente. Esas nos son costumbres de los gorriones.

—¡Quizá son extraterrestres!

—¿Oyes cómo cantan?

—Como todos los pájaros.

«No, estos son distintos», pensó Susana, cerrando la ventana porque de pronto una brisa fría se había colado y le había erizado la piel y los pezones. Otra vez el oscuro presagio. ¿Alguien le estaba mandando un mensaje? Cristina salió del baño y Susana le rodeó el cuello con los brazos. Los labios estuvieron muy cerca, así que las halitosis de hadas verdes se combinaron y crearon un almizcle que las estimuló.

—Tus lunares siguen un patrón, como si fueran figuras estampadas, y yo quiero saber cuál es ese orden.

—¿De veras? —se burló Cristina, lo que empujó a Susana a liberarse del cuerpo de su amiga.

—Aquellos carajitos deben estar preguntándose cuándo volveremos al bar —en la voz de Susana había algo de miedo.

Cristina rió con malicia y siguió con la burla:

—Cuando se nos caigan las arrugas.

Susana miró con languidez a su compañera y entre ellas se instaló una tristeza fugaz. Para espantarla, palmeó una nalga de Cristina y la reenvió al baño:

—Dúchate tú primero, yo voy a pensar una cosita —dijo Susana echándose de nuevo en la cama y cubriéndose con la sábana.

Siro entró a la habitación y con un gemido de gallina malcriada trepó a la cama y se acurrucó encima de Susana, que trató de conciliar el sueño otra vez, pero las melodías de los pájaros extraterrestres del parque no la dejaron. Una idea se le hizo fija en la mente mientras escuchaba lo que venía de la calle.

El ruido de la regadera silenció el concierto de los gorriones.

«Los correos electrónicos implican un ritual breve. No hay que caminar hasta el buzón, no hay que mirar el sello postal, cortar el sobre ni adivinar quién es el remitente por la letra. Simplemente se presentan en la pantalla del ordenador sin que nadie los invite mientras uno está absorto en sus ocupaciones cotidianas. Algunos de ellos hasta pueden dejarte sin palabras y cambiarte la vida, como si fueran pequeñísimos terroristas electrónicos».

Después de ducharse, Cristina repetía los mismos pasos en su ritual matutino: sentada en el váter, sobándose las piernas perfectamente depiladas, concentrada en su cagada de la mañana, retomaba el libro que estuviera leyendo en ese momento y leía solo tres páginas, con lo cual se aseguraba por lo menos mil palabras al día. «Cinco mil a la semana, veinte mil al mes, doscientas mil al año, porque en vacaciones no cago por la mañana», calculaba. Si otros consultaban el horóscopo de los periódicos, o requerían los servicios de adivinos y santeros, o regían su comportamiento por las sabias palabras del *I Ching*, las Cartas a los corintios, los tesalonicenses o los romanos, e incluso zanjaban sus dudas conversando con un psicólogo, ella se confiaba a las mil palabras que acompañaban la evacuación mañanera. Allí encontraba, diariamente, la predicción de su futuro.

Leer que los correos electrónicos son un ritual breve y, sobre todo, que actúan como pequeños terroristas digitales, la puso en guardia de inmediato, porque era una advertencia directa y obvia; el ataque podría llegar a través de la pantalla de una computadora. Una solución fácil habría sido no acercarse en todo el día a un ordenador, ni a un teléfono móvil, ni siquiera a las tragaperras luminosas de los bares cercanos o las salvadoras máquinas de tabaco. Pero ya se sabe que el que desafía a los dioses solo se ofrece como víctima propiciatoria de sus caprichos, y allí está el ciego Edipo como ejemplo impeccedero de la necedad humana.

Encendió un cigarrillo para que la acompañara en sus cavilaciones.

—Joder con los terroristas —dijo Cristina y echó a la cesta de la ropa sucia las prendas listas para lavar.

En la habitación, Susana se escondió tiritando entre las sábanas y Siro aprovechó para acomodarse sobre sus piernas. Si se le hubiera preguntado, el gato habría sido partidario de quedarse en esa posición hasta que le dolieran los músculos.

—¿Qué es ser normal, Siro? —murmuró Susana, acunándolo con los muslos.

Levantó la cabeza y el gato había entrado ya en el letargo característico de los mamíferos con sobrepeso. Vuelto un ovillo, parecía una mancha negra de petróleo sobre la sábana aún limpia y eso potenció en Susana la aguda tristeza que desde hacía rato anidaba en ella, el temor que se manifestaba tiritando en sus brazos y sus piernas contra su voluntad.

Sobre la mesa de noche reposaba el disco con las sinfonías de Brahms, que le recordaron la tarde anterior caminando por la Gran Vía hacia Callao, con prisa, con ganas de comprar esa y solo esa grabación.

Sonó su teléfono y, en vez de contestar, lo observó paralizada.

—¿Suena mi móvil? —preguntó Cristina desde el baño.

Susana canceló la llamada sin ver quién era y la tranquilizó:

—No, no ha sonado nada —y le quitó volumen al teléfono.

Alargó la mano, cogió el disco. Se colocó los auriculares y dejó que el muy poco *allegretto* movimiento de la Tercera Sinfonía se repitiera una y otra vez en su cabeza.

—¿Cómo se sabe que las cosas que ocurren son normales, Siro?

Se sentó al borde de la cama.

Cayó sobre ella la punzada de la tristeza y la atribuyó a los melancólicos violines de Brahms. ¿En qué estaría pensando el compositor cuando escribió para esos instrumentos? Se colocó frente al espejo y dio una vuelta sobre sí misma, quizá con la intención de perfilar su figura apetitosa en la superficie fría del vidrio, o tal vez para deshacerse del dolor invisible que el desconsuelo marcaba sobre su frente.

El teléfono se volvió a activar y ella, después un nervioso instante, optó por responder. Se quedó en silencio escuchando la pequeña voz que le hablaba al oído.

—Eso nunca va a ocurrir, te lo aseguro —dijo, y apagó el teléfono.

—¿Susana? —gritó Cristina.

Pero Susana ya no la estaba escuchando, sus pensamientos eran más fuertes que sus sentidos: «¿Quién viene del otro mundo? ¿Quiénes vuelan hacia mí justo en este instante? ¿Quién se abalanza desesperadamente hacia este punto desde un lugar desconocido?».

Oyó los pájaros y se acercó a la ventana por donde ya se colaba un poderoso chorro de luz. Era cierto: tenían colores poco usuales, más propios de aves que bajan a beber agua a las orillas del trópico que de animales de una ciudad europea.

—¿Qué sucede cuando un viajero que viene de otro mundo llama una tarde a la puerta, Siro? —siguió hablando con el gato que roncaba en tonalidad menor—. Siro, ¿deben los dioses importunar a los mortales?

Volvió la punzada de la tristeza, esta vez más aguda: y por fin entendió qué le estaba ocurriendo.

Supo cuál era el mensaje que le llegaba en esos temblores; y todos sus temores, los de la noche, los que la perseguían de día, las preocupaciones de las semanas anteriores, las llamadas inoportunas: todo eso se disipó. Captó lo que le decían las voces de los instrumentos y por qué su corazón de pronto se calmó con tanta facilidad.

—Palimpsesto.

Levantó sus pantalones del suelo y se los puso. Algo en su nariz estalló y se la palpó. Vio sus dedos manchados de sangre, y sonrió despreocupada. Cogió un bolígrafo verde y un cuaderno Moleskine negro. Escribió durante un rato. Arrancó la hoja, la dobló muchas veces con ternura y se la guardó en el bolsillo más pequeño del pantalón. Luego colocó el cuaderno entre los libros de una pequeña biblioteca al lado de la ventana; suspiró por el sonido sinfónico de la flauta en sus oídos.

Se inclinó hacia delante y se dejó caer por la ventana.

Aflojó los músculos mientras atravesaba el aire a toda velocidad, mientras su cuerpo caía libremente venciendo la resistencia del aire, y cuando vio aproximarse el suelo de la plaza hacia su cara; por un breve instante percibió cómo unas hormigas caminaban en fila, ya con comida, hacia el nido donde acumulaban los alimentos. «Esta mañana las hormigas argentinas van a tener que buscar otra ruta de camino a la pecera,

Cristina», tuvo tiempo de pensar Susana antes de estrellar su cabeza contra el cemento.

Los pájaros ni se inmutaron, pero se quedaron observando en silencio. Y la sinfonía siguió su curso a pesar de que ya no había oídos que la disfrutaran. Una de las hormigas probó un hilillo de sangre que obedecía a la fuerza de la gravedad y golpeó contra el suelo con las antenas y el culo, llamando a sus hermanas, borracha de alegría, segura de que nunca más la colonia pasaría hambre.

## 5

Cristina estaba contenta. Hoy también había completado su ración diaria de mil palabras.

El último gesto de su rito lavatorio de la mañana era encender la radio que ya a esa hora combinaba la música de moda con las noticias de actualidad; se acompañaba de esta manera mientras se cepillaba los dientes y adecentaba su rostro cada día inevitablemente más viejo y necesitado del auxilio de las cremas y los milagros.

*Siguen las reclamaciones de los vecinos de los barrios del centro de la ciudad por los abandonos de los animales...*

Cristina se cepillaba minuciosamente los dientes y ponía atención a lo que contaban los locutores de la radio.

*Apenas ha comenzado el verano y ya hay irresponsables que dejan a sus mascotas a la buena de dios, deambulando por las calles y durmiendo en las plazas, rebuscando en la basura algo para sobrevivir. ¡Hasta se han reportado varios atropellos de perros en la M-30!*

«Cabrones», pensó Cristina imaginando lo poco que duraría Siro viviendo en la calle, indefenso y acostumbrado a las comodidades de un apartamento.

*Y esta vez no se trata solo de perros y de gatos; pájaros, tortugas, hámsteres... ¡parece que la gente ya no quiere bichos en su casa! ¿Para qué los compran entonces?*

—¡Escucha lo que están diciendo por la radio, Susana! ¡Estos desgraciados! —gritó Cristina con ganas de compartir los insultos con su amiga.

Enfadada, apagó la radio con violencia y colocó el libro sobre el taburete al lado del váter, repitiéndose que, definitiva-

mente, hoy no era un día para acercarse a los aparatos eléctricos ni a los hijos de puta que creían que los animales eran juguetes. Entonces se dio cuenta del enorme silencio que la rodeaba.

—¿Susana?

Estaba tan inquieta que sentía que su corazón ya no funcionaba. Algo en el ambiente había cambiado de pronto, la brisa era distinta. Siro entró y entonces Cristina se dio cuenta: el aire a su alrededor se puso negro.

—Los pájaros extraterrestres ya no cantan —dijo y, ya en la habitación, preguntó—: ¿Susana?

Vio la ventana abierta y oyó que en la plaza la gente murmuraba, pero no se quiso asomar.